

© Del texto: Carles Cano, 2015
© De las ilustraciones: Chema García, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, abril 2015

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-678-7140-1
Depósito legal: M-4988-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Cano, Carles
Querida Blanca / Carles Cano ;
ilustraciones de Chema García . — Madrid : Anaya, 2015
112 p. : il. c. ; 20 cm. — (Sopa de Libros ; 174)
ISBN 978-84-678-7140-1
1. Humor. 2. Cuentos clásicos.
I. García, Chema , il. II. Título III. Serie.
087.5: 821.134.2-3



SOPA DE LIBROS

Carles Cano

Querida Blanca

Ilustraciones
de Chema García

ANAYA



*Para Lulu,
mi sobrina princesa.*

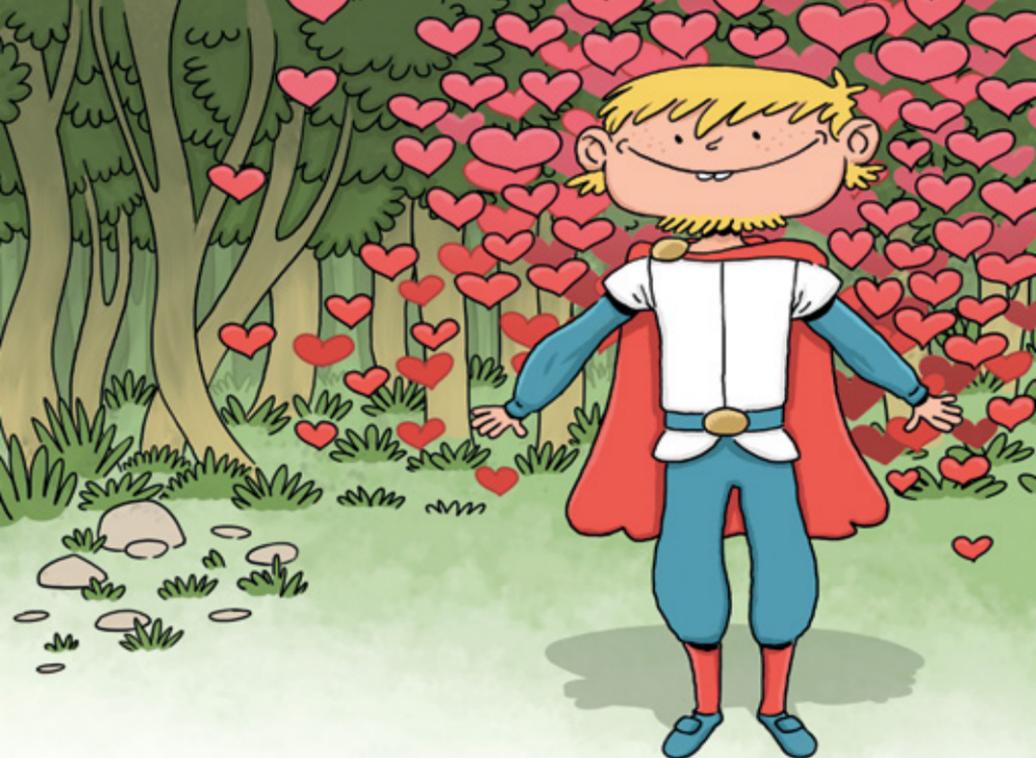
PRÓLOGO

Quizá recordéis que, cuando Blancanieves aparentemente había muerto y descansaba en un ataúd de cristal en la montaña, un príncipe apareció por el bosque y pasó la noche en casa de los enanos. Por la mañana le mostraron la caja de cristal en donde tenían a Blancanieves, el príncipe se enamoró perdidamente de ella y les propuso comprársela a cambio de lo que pidieran. Pero los enanos no estaban dispuestos a venderla ni por todo el oro del mundo. Entonces él les pidió que se la regalaran, pues a partir de aquel momento no podría vivir sin contemplarla cada día. Los enanos, al verlo tan apenado, se compadecieron de él, accedieron y el prín-

cipe se llevó el ataúd de cristal. Tuvo tan mala, o buena fortuna, que los sirvientes que transportaban la caja tropezaron, esta se tambaleó y, con la sacudida, el trozo de manzana envenenada que todavía permanecía en la garganta de Blancanieves salió despedido.

8 Ella despertó y, entonces, el príncipe, perdidamente enamorado de la muchacha, sin darle tiempo a pensar, le propuso matrimonio. Blancanieves aceptó. A la boda invitaron también a la malvada madrastra que, vanidosa como era, antes de acudir a la fiesta, no pudo evitar preguntarle a su espejito aquello de quién era la más hermosa. El espejo contestó que ella era hermosa, pero la joven princesa lo era aún más.

Muerta de rabia, no quería asistir a la boda, pero la curiosidad fue más fuerte y no pudo resistir ir a conocer a quien era aún más hermosa que ella. Al entrar en palacio y reconocer a Blancanieves, se quedó paralizada de miedo y horror. Pero ya habían sido puestas al fuego unas san-



dalias de hierro. Como castigo tuvo que ponérselas y bailar hasta caer muerta. Blancanieves y el príncipe se casaron y fueron felices para siempre.

¿Para siempre? Eso dice el cuento, pero *siempre* es demasiado tiempo. Resulta que, recientemente, un investigador ha sacado a la luz una serie de cartas encontradas en cierto palacio, cuya situación no ha sido revelada, que nos hacen pensar que todo no fue tan de color de rosa como nos lo habían contado.

Desde el corazón del bosque

Querida Blanca:

Esperamos que te encuentres bien. Nosotros por nuestra parte, para qué mentirte, estamos fatal. Desde que te fuiste, esto es un desastre: ropa sucia por todas partes, montañas de platos que se amontonan en el fregadero, camas por hacer, polvo que se acumula en las estanterías... Y todos, absolutamente todos, nos hemos apuntado a la moda «la arruga es bella» porque la plancha aquí no la mueven ni los duendes. Nos ha entrado una alergia *planchil*, que solo con verla nos salen sarpullidos. Y eso por no hablar de la comida: gracias a que todavía no se ha inventado la comida preparada, que si no,

estaríamos comiendo *pizza* cada noche y las conservas se nos saldrían por las orejas. Esto no puede seguir así.

Gruñón no para de gruñir. Feliz ya no se ríe tanto, ni todo se lo toma tan a la ligera como siempre (¡incluso lo he llegado a ver enfadado!). Mocososo, aparte de haber acabado con todas las existencias de pañuelos, ahora va dejando sus «regalitos» por debajo de las mesas, de las sillas y en cualquier lugar donde se le ocurre. Dormilón ronca; sí, ya sé que antes también roncaba, pero ahora es una máquina de ronquidos y con ese ruido, que parece el de un jabalí enfurecido, no hay quien duerma. Tímido se ha vuelto un descarado y contesta por todo. ¿Te acuerdas de que antes se ponía rojo por cualquier cosa? Pues ahora es él el que nos pone rojos a los demás, pero de ira: a la mínima que le dices, te suelta una fresca. Mudito sigue mudo, eso sí, pero ha aprendido, no sé dónde, una serie de gestos que casi sería mejor que hablara. Y yo, Sabio, que se supone que era un tío



listo y que controlaba el asunto, no tengo ni idea de qué hacer ni cómo gobernar esta situación.

En el trabajo, las cosas no van mucho mejor; el capataz de la mina ya nos ha advertido de que si esto continúa así no sabe qué hará, que es su fina manera de decirnos que de una patada iremos los siete a la calle. Nos ve distraídos, dice.

14

¿Distraídos? ¡Ja! Lo que estamos es en las nubes. El otro día, Feliz se puso a picar un tronco de los que apuntalan la galería y por poco se nos cae el túnel encima a todos. ¡Y eso que tenía una veta de oro bien gorda delante de sus ojos! No la veía. Antes volvíamos contentos después del trabajo cantando nuestra canción: ¡Aibó, aibó, a casa a descansar! ¡Tralará-lará, tralará-lará, aibó, aibó aibó, aibó!... Que ya sé que era una cancioncilla tonta, y desde el punto de vista musical tampoco era gran cosa, pero nos daba marcha y andábamos marcando el paso alegremente. Ahora volvemos en silencio, arrastrando los pies con desgana y llegamos he-

chos polvo a casa, donde nadie ni nada nos espera.

El desánimo cunde entre los muchachos, Blanca, y nos pasamos la vida repitiendo: «Si estuviera aquí Blanca, no habría pasado esto; seguro que no te atreverías a decir eso con Blanca delante; ¡Se lo voy a contar a Blanca en cuanto la vea!». Sin pensar que tú ya no estás entre nosotros. Seguro que te lo estás pasando de miedo con tu apuesto príncipe, con tu amorcito rubio de ojos azules, de baile en baile y de fiesta en fiesta, pero aquí haces mucha falta. Tú revolucionaste nuestro mundo, que antes de que llegaras era un poco aburrido, eso sí, pero limpio y ordenadito, y si no te lo crees, léete el cuento que escribieron los hermanos alemanes esos. Y nos acostumbraste mal, pues de tener que hacer todas las tareas y dejarlo todo preparado antes de salir a la mina, pasamos a levantarnos y tener las tostaditas a punto, el café calentito y la mantequilla y la mermelada de arándanos recién hechas. De una cosa a otra hay un

mundo, y ahora no nos adaptamos. La tristeza se ha apoderado de esta casa y ya tenemos cita con el doctor Sigmundo, un médico de la cabeza muy bueno que nos ha recomendado Brunilda, una bruja con doble personalidad a la que de vez en cuando le entran ataques de bondad.

Además, antes, nuestra vida tenía emociones fuertes, lo mismo llegábamos un día a casa y te encontrábamos con el corpiño tan apretado que parecía que te habías ahogado, o con un peine emponzoñado clavado en la cabeza, o con un trozo de manzana envenenada en la garganta. Todo regalitos de tu madrastra, la del espejito. Volvíamos a casa con el corazón en un puño, y cuando no te había pasado nada, nuestro alivio era tremendo; y si te había pasado algo y conseguíamos recuperarte, volverte a la vida, la alegría todavía era mayor. Era como si hubiéramos ganado el concurso de tiro con arco del bosque. Nunca hemos sido tan felices como cuando estabas entre nosotros. Hemos ido descubriendo (lo hemos ido con-

fesando, mejor dicho) que todos estábamos secretamente enamorados de ti. Era un amor ideal, platónico, porque tu estabas allá arriba y nosotros aquí abajo, nunca mejor dicho, pero al menos te veíamos cada día; así que te puedes imaginar las pestes que echamos del príncipe que se llevó a nuestra diosa, que eras tú.

¿Y ahora qué? Una vida de aburrimiento, sin esperanza ni horizontes. Somos conscientes de que el paraíso se ha ido y no volverá, pero no podemos seguir en este infierno. Nos haría mucho bien si pudieses venir a visitarnos y aconsejarnos algo. Yo he perdido toda autoridad, he extraviado el rumbo y no sé cómo enderezar esta nave.

*Tuyos afectísimos:
Sabio y los otros seis enanos*

POSDATA: La mancha que hay al lado de *enanos* es parte del «regalito» que ha dejado Mocosó, que ya ves que no respeta ni la correspondencia.





A partir de 8 años

No sabemos qué pasa tras el punto final de los cuentos de hadas. ¿Qué hay más allá del «fueron felices y comieron perdices»? Gracias a la correspondencia entre Blancanieves y el enanito Sabio sabremos qué fue de los personajes de esta historia. Descubriremos lo mucho que se aburría Blancanieves en palacio, que su matrimonio no era tan feliz, y que los enanitos echaban de menos a su amiga, aunque por razones algo egoístas.

1556174

ISBN 978-84-678-7140-1



9 788467 871401